

clara en ellos la albuminuria, presentando los riñones lesiones manifiestas de nefritis.

Así, pues, la ausencia de sal de cocina en los alimentos obra exactamente del mismo modo que su exceso. En el primer caso explicamos la albuminuria por enfermedad del riñón: en el segundo, el cloruro de sodio parece obrar como ciertos venenos que atacan al riñón, cuando han sido introducidos en el organismo. ¿Es, pues, la sal de cocina una sustancia tóxica? Y si es tal ¿por qué se enferma el organismo cuando está privado de este veneno?

Para tener las respuestas á estas preguntas, vimos en el hospital un enfermo del doctor Widal. Este enfermo había entrado por nefritis y albuminuria en un estado lamentable. Tenía los párpados hinchados, la cara lívida, las piernas enormes. Apenas podía respirar porque sus pulmones estaban infiltrados de serosidad y comprimidos por líquido de la pleura. M. Widal puso su enfermo al régimen lacteo absoluto y le hizo tomar cuatro litros de leche por día. Desde el día siguiente el enfermo se encontraba mejor y ocho días después, había desaparecido la hinchazón, y sólo una pequeña cantidad de albúmina quedaba en los orines.

Conseguido este resultado, M. Widal dejó al enfermo sus cuatro litros de leche, pero le agregó 10 gramos de sal de cocina por día. Veinticuatro horas después, la albuminuria reapareció y el enfermo presentaba los mismos síntomas anteriores. Todo parecía indicar que el edema estaba invadiendo el cerebro.

Para probar que la sal era la causa de la enfermedad, M. Widal hizo un verdadero experimento clínico y sensacional. A este enfermo, que según la enseñanza clásica sólo debía vivir de leche y para quien la carne era un verdadero veneno, le dió no solo carne, sino también pan y